



Escritidora:
Ana María Herrera
(Lima, 1955)



FOTO TOMADA POR ANA MARÍA HERRERA

De pronto en el río

Soñó que estaba en el pequeño comedor, tomando una taza de café con Oscar. Ya casi ni se miraban. Ella contemplaba las estampas japonesas que colgaban de las paredes amarillas. Él le ofreció una estampa que enrolló y ató con un lazo rojo. Miró en silencio el suelo ajedrezado de losetas blanquirojas. Unos muebles de color amarillo completaban la idílica escena. Ese regalo le infundió desconfianza. Ni los rayos de sol que iluminaron la estancia consiguieron sosegarla. ¿Cómo confiar en una persona que se relacionaba con los demás solo para obtener beneficios? Se despertó con una presión en la cabeza pero pronto volvió a dormirse. Esta vez soñó que buscaba desesperadamente la calle Nazca para llegar al instituto alemán. Completamente desorientada subió la cuesta encontrándose repentinamente en el segundo piso de la casa que fue de su abuela. Las habitaciones sin muebles se habían convertido en un extenso desván. Bajó al primer piso, las empleadas de otro tiempo, caminaban afanadas de un lado al otro. La casa se había convertido en una mercería con mostradores repletos de cintas y encajes. Unos ovillos de vivaces colores llamaron su atención. Le contó a la empleada lo unida que estuvo a su abuela, tanto que conservaba su mecedora de mimbre y la peineta de carey que cuando se le caía, corría ella a recogerla. La abuela solía decir que tenía ochenta años, pero no recordaba que hubiera cumplido alguno más. Despertó con el corazón acelerado. Habitada a refugiarse en sueños, a vivir soñando.

Cuando se encontró con Óscar en el parque, le contó el sueño donde se fundían pasado y presente. El aprovechó para alardear de sus conocimientos del mundo onírico, pero para ella, un sueño, era un sueño. Ambos estaban juntos pero iban por caminos diferentes. Entretanto intentaban atravesar el vasto parque, interrumpido por un riachuelo que les impedía el paso. Sus cuerpos se reflejaron en ese río como en un espejo, en cuyas aguas transitaban todos los colores. La luz blanquecina del cielo se reflejaba en el agua que fluía. Al mirar fijamente aquella superficie de reflexión, aquél río heraclitiano, algo se modificó en su alma, devolviéndole la paz. No se trataba de anclarse en el pasado, todo está en constante transformación. “Tengo cosas que hacer”, dijo quedamente y ante el asombro de su acompañante, se levantó dejándolo solo en su monólogo. Regresó de donde vino, perdiéndose en el camino bordeado de árboles.



* Historia publicada en la Gazeta No5 “Honrar la Vida”, noviembre, 2021.